



Alzira

GRANDES OBRAS
bromera





A vista de pájaro

Los alcireños, tal vez por ser un pueblo de ascendencia agrícola, tendemos al lamento. Los convecinos ribereños, en respuesta a nuestra vocación de plañideros, han acuñado con socarronería esta pulla: «*Ets d'Alzira i plores...?*». Sin dejar de asumir la cuota que me corresponde por haber nacido en esta tierra, quien se apresta a acompañarlos durante unas etapas por la ciudad, su término municipal y el territorio que la circunda, desea mostrarse optimista en esta ocasión e iniciar el camino con las palabras de un predecesor nuestro, el poeta Ibn Jafaya. Natural de la isla, en el siglo XI de la era cristiana, manifestaba el privilegio de vivir en este entorno:

Qué dicha la vuestra de tener montañas, aguas, ríos, árboles.

El paraíso eterno no está más que en vuestro territorio.

No temáis que mañana os espere el infierno.

No es posible que después del paraíso se pueda entrar en el infierno.

¿Se imaginan el gozo de poder contemplarlo desde el aire? Si dispusiéramos de unas alas como Ícaro, sobrevolaríamos el territorio que envuelve esta población de ascendencia islámica. No obstante, para evitar el percance sufrido por el hijo de Dédalo, encomendaremos la labor al fotógrafo José Carrillo. Nosotros nos conformaremos con la posibilidad, más estable, de otear estas tierras desde un par de atalayas. La primera, emplazada en la Muntanyeta de El Salvador, con sus 89 metros de altitud permite descubrir la ciudad islámica, los arrabales y los ensanches. La segunda, igualmente accesible con vehículo de buena tracción, nos la ofrece la cresta de la urbanización Sant Bernat con sus 227 metros sobre el nivel del mar.

Sobre este último otero, donde nuestros predecesores establecieron un poblado en la Edad del Bronce, apreciaremos que el término municipal de Alzira se ordena en dos claras unidades: el llano de inundación –configurado por las vegas de los ríos Júcar y Verde, con cotas inferiores a los 20 metros– y la montaña, definida por los ejes de las sierras de La Murta, de las Agujas y del Realengo –que a su vez enmarcan los valles de La Murta, La Casella y Aguas Vivas. La altitud de las sierras, orientadas al este, va ascendiendo desde una cota inicial de 200 metros hasta los 625. Un área intermedia la constituye el llano que, en suave declive, desciende desde las laderas hasta el hondón del río y se prolonga en la planicie inundada por el lago de La Albufera.

La mayor parte del término municipal y la población –42.826 habitantes en mayo de 2006– de la capital histórica ribereña se distribuye en la orilla derecha del río Júcar. El territorio ocupa una extensión de 111,46 km², de los que 83,24 corresponden a un núcleo compacto en ambos ribazos, y los restantes 28,22 km² están situados agua arriba, a lo largo de un terreno montañoso cuyo centro converge en La Garrofera.



Los sentimientos afloran en las celebraciones y no es extraño que se unan lágrimas y gozo, esperanza y melancolía.

[Pág. anterior] La calle de San Roque constituye la diagonal de La Vila. En ella se encuentran algunos de los inmuebles y conjuntos arquitectónicos más representativos de la ciudad: la Casa del Empeño (futura sede del Museo Municipal) y la Casa Consistorial. En sus inmediaciones se localizan las plazas de Casasús y del Sufragio.

Primer itinerario: los accesos a la población

Descendiendo al llano, podremos acceder a la ciudad –título otorgado en 1876 por Alfonso XII– a través de las cuatro rutas que coinciden con cada punto cardinal. Me permito sugerirles –tanto si se proponen desplazarse como si prefieren hacer el recorrido virtualmente a través de la lectura– que comencemos por la vía norte. El viajero o lector aficionado a los mitos, leyendas e historias encontrará algunas señas de identidad que singularizan Alzira: un



Puente de Carlos I. Alzado sobre el río Verde, posibilitaba el tránsito de la Calzada Real que enlazaba Valencia y Xàtiva. Construido a escasa distancia del puente de Santa María, en la actualidad ha quedado relegado a un papel secundario.

santo, el padre san Bernardo; y un rey, Jaime I. El tercer personaje, a quien todavía no procede introducir en escena, es el novelista Vicente Blasco Ibáñez. A su vez, deberíamos incluir a dos afamados poetas –Ibn Jafaya y su sobrino Ibn Al-Zaqqaq– cuyos versos alentarán nuestro itinerario.

Norte: un rey y un santo

Iniciaremos, pues, el recorrido por el viejo camino que partía de la vecina Algemés. A tan sólo dos kilómetros de Alzira, donde la caótica urbanización se recorta ante el perfil de los montes, nos toparemos con la primera manifestación histórica dedicada al monarca conquistador. Entre el tráfico que circundaba la isleta y cobijada bajo un baldaquino de teja árabe, se yergue una cruz bifronte de piedra.

Su asentamiento, inferior al nivel actual de la calzada, testimonia la potente sedimentación fluvial acarreada por el Júcar a lo largo de los últimos 500 años. Este monumento –similar a otros, alzados durante el medievo por los repobladores cristianos para recordar a los habitantes islámicos quiénes eran, a partir de entonces, los dueños de las tierras– atestigua una leyenda, quizá falsa pero no exenta de credibilidad: aquí murió el rey don Jaime camino de Valencia. Esta tradición, que reconozco haber suscrito en la novela *Alyazirat*, contiene cierta dosis de verdad ya que acredita el óbito político del monarca. En

Alzira, Jaime I –que había incorporado esta población a sus dominios 34 años antes de su muerte– renunció a sus reinos y abdicó la corona en su hijo. La revuelta de los sarracenos, que amenazaba aquel 1276 con la pérdida de estos territorios, debió de precipitar una decisión del monarca tomada previamente: su retirada al monasterio de Santa María de Poblet. Este cenobio permite enlazar la figura del rey conquistador con la del padre san Bernardo, a quien visitaremos en breve en el lugar donde los hagiógrafos sitúan el martirio.

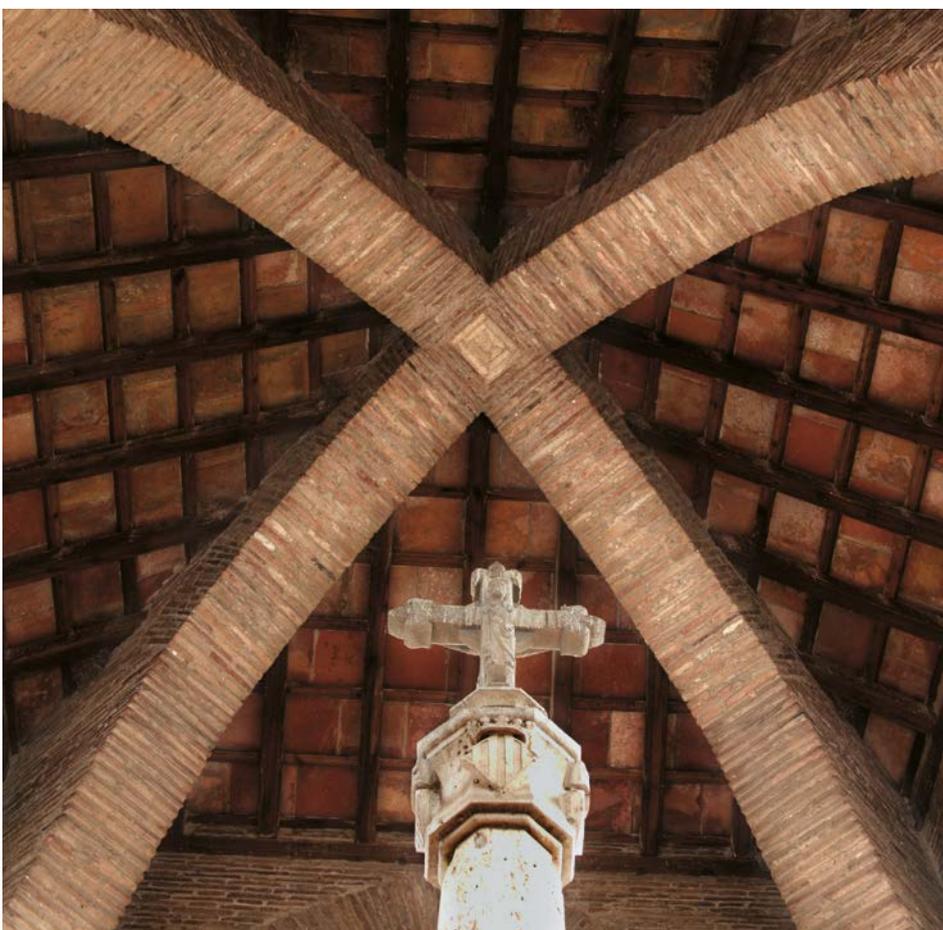
Antes de dejar este monumento –restaurado con acierto en 1962–, nos desplazaremos unos metros para localizar el puente foral que subsiste sobre las contaminadas aguas del río Verde. Su origen se remonta a 1533, fecha en que el emperador Carlos I autorizaba a los jurados de Algezira la construcción de un nuevo puente que permitiera salvar el río durante las crecidas anuales. Para sufragar las obras, se acordaba establecer el siguiente pontazgo: quienes lo cruzasen a pie debían abonar un dinero, los jinetes, dos, y los carreteros, seis. Tal vez por desajustes presupuestarios, de los tres arcos proyectados al principio tan sólo se construyó uno, pero de hechura tan firme que ha continuado prestando servicio hasta 1990. Las riadas de 1982 y 1987 obligaron a emprender nuevos trabajos de consolidación, que, si bien incrementaron su resistencia, mermaron también el encanto con el que la pátina del tiempo adorna los monumentos.

Orillando el polígono industrial, donde se ubica el Mercado de Abastos, llegamos al arrabal de Santa María. Contemplaremos la ermita del Cristo de la Virgen María, la más diminuta de la ciudad. El único elemento que la singulariza respecto a las otras fachadas de la calle es una espadaña.

Sin cruzar el río, nos encaminaremos hacia la estación ferroviaria. Cerca apreciamos, reconvertido en moderno complejo de hostelería, un inmueble construido en 1912 y originariamente destinado a almacén de naranjas. Un escudo en la fachada indica que la empresa fue «proveedora de la Real Casa».



Desde el aire, al descender al nivel de la calzada, se aprecia la estilizada belleza de los arcos de adobe, que cobijan la parte superior de la cruz y que contienen escudos alegóricos de la Corona de Aragón.



Cruz Cubierta. Este edificio aúna tradición e historia, y da fe de la presencia del monarca Jaime I y su fecunda relación con Alzira.

Años más tarde, cuando obtuvo del Ayuntamiento autorización «para instalar una caldera de vapor y maquinaria para fabricación de algodones y torcidos», se le denominó La Cotonera.

Los restos de una hilera de plátanos orientales, dispuesta por el Ayuntamiento en 1902 para proteger a los transeúntes de los ardores del estío, nos conducen a la estación. Allí llegaría el convoy en el que viajaban los socios accionistas el 28 de febrero de 1853, la víspera de la puesta en marcha del servicio férreo. Desde la capital de provincia, tardaron 45 minutos en alcanzar la ciudad ribereña. Los precios fijados por la empresa para el trayecto oscilaban

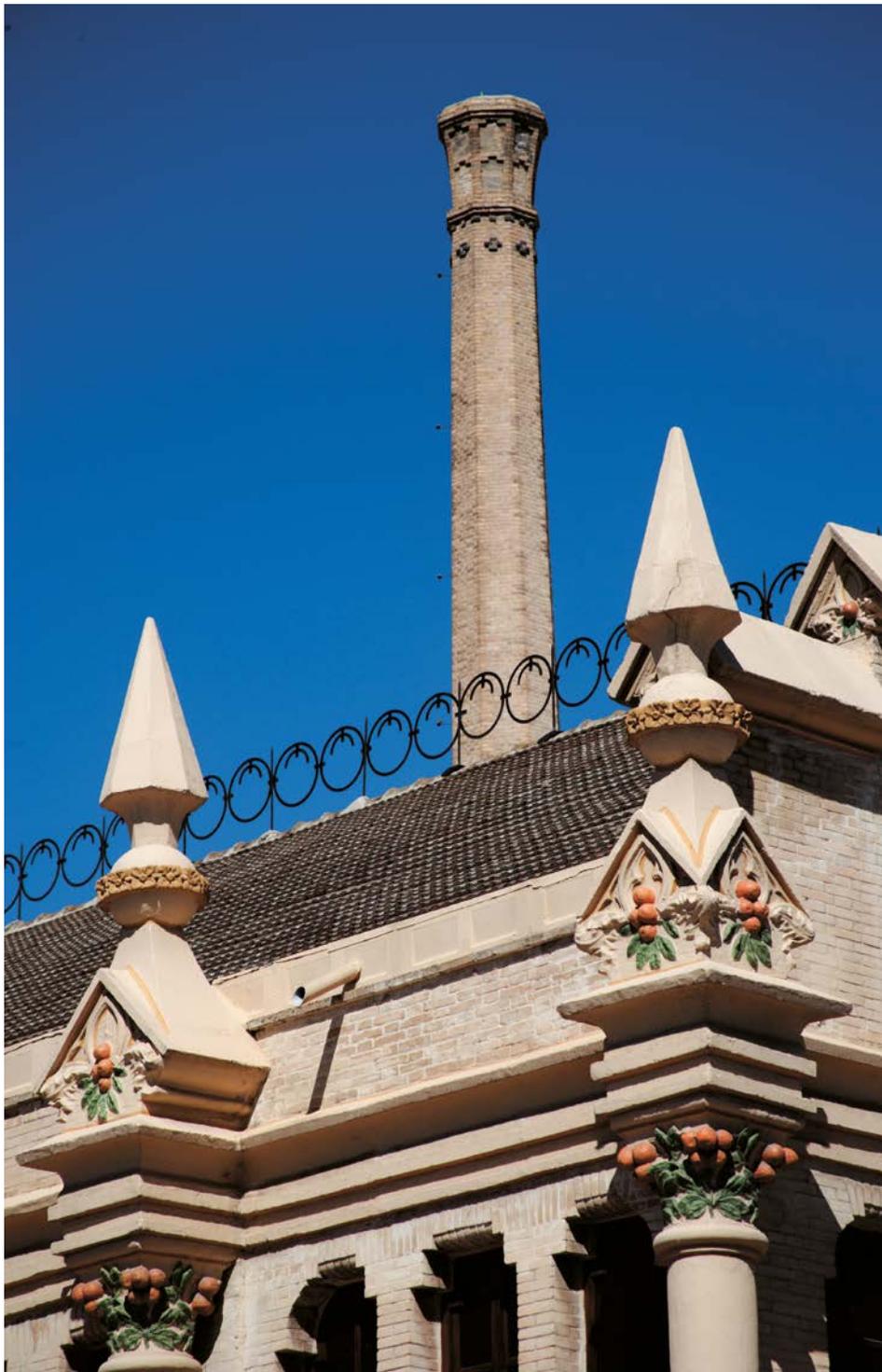


Fachada del antiguo almacén de los hermanos Peris Puig, dedicado a la manipulación de la naranja. Al ser el comercio proveedor de la Real Casa, ésta autorizó a los propietarios para que incluyeran el escudo real en su frontispicio. Inscrita en la estética modernista, muestra diferentes elementos decorativos relacionados con la actividad citrícola. La acertada restauración llevada a cabo recientemente ha contribuido a dignificarlo.

entre 10 reales y 16 maravedís para los viajeros de primera clase, 7 reales y 16 maravedís para los de segunda y 5 reales y 16 maravedís para los de tercera. El actual edificio, rehabilitado con escasas alteraciones, mantiene casi intacta la estructura primigenia.

Un moderno puente elevado atraviesa el tendido ferroviario y permite la comunicación con Benimuslem. Nos asomaremos a divisar un meandro del Júcar y la sugestiva panorámica de la ciudad que precede a la partida de Sant Bernat. El topónimo evoca el lugar donde, según la tradición, fueron ajusticiados por renegar de su fe los hermanos sarracenos Hammad, Zaida y Zoraida. Cuentan las crónicas que ese noble musulmán del siglo XII había sido bautizado con el nombre de Bernardo. Tras haber profesado como monje en Santa María de Poblet, regresó a Carlet-Pintarrafes y convirtió a sus hermanas al credo cristiano. Alcanzados en la huida por su hermano Almanzor, serían martirizados en este paraje.

Años más tarde, al conquistar la villa, Jaime I localizaría sus cadáveres. La tradición refuerza el dato fehaciente de que el rey mandó erigir dos túmulos



funerarios que albergaran los restos, cuya custodia se encargaba a un ermitaño y, con posterioridad, a los monjes trinitarios. Durante las Germanías, las reliquias permanecieron escondidas hasta ser recuperadas en tiempos del arzobispo Juan de Ribera. La inseguridad que ocasionaba la vecindad del Júcar –que además incidía sobre el deterioro de la construcción y hacía insalubre el lugar– determinó el traslado de la comunidad a un nuevo emplazamiento en el interior de La Vila y, tras la desaparición del convento, los restos de los mártires se ubicaron en el templo de Santa Catalina. El templete y el santuario, erigido en 1980, constituyen la meta de la peregrinación anual que los cofrades llevan a cabo en junio. El rito se completa con la visita el 2 de septiembre al monasterio de Poblet –que alberga el cadáver del rey don Jaime. Son ceremonias que enlazan historia, tradición y leyenda.

Regresamos al arrabal de Santa María y volvemos a encontrarnos con el Júcar. El río, junto con el circuito amurallado islámico, significó otra defensa de índole natural que configuraba el núcleo de la isla y contribuía a acrecentar su inexpugnabilidad. Ibn Jafaya describió, desde el punto en que nos hallamos,

[Pág. doble siguiente] Vista aérea de Alzira. Destaca la lenta circunvalación del Júcar, que carece de pendiente, por lo que recorre, formando meandros, el camino hasta Cullera. Se aprecia la dicotomía entre el llano de inundaciones y las leves colinas que culminan en la sierra de Corbera.





En estos fragmentos de las murallas medievales se aprecia la fragilidad de los materiales empleados en la construcción de las mismas, que fueron adulterados mediante nuevos encofrados al ser sometidos a una desafortunada intervención. Esta última circunstancia ha desvirtuado su estética y fortaleza primigenia.

la confluencia del Brazo Real –que rodeaba la ciudad– con el curso natural del Júcar: «Hubiéramos deseado detenernos entre Sukr y el lugar donde se juntan los dos brazos del río». Es una evocación recurrente a lo largo de sus poemas: «¡Dios mío, qué bello corría el río en su lecho, más delicioso para beber que los labios de una bella!». Hoy en día descartaremos saciar la sed en sus aguas contaminadas.

También, a causa del excesivo tráfico, evitaremos entrar en la ciudad por el puente José Pellicer. Construido en 1974, dispensaba de tener que atravesar la ciudad a quienes se dirigían a Xàtiva o a Tavernes de la Vallidigna. Optaremos por el de Hierro, sustituto del que se elevaba aguas abajo. A aquél más antiguo –llamado de Santa María o La Calzada– se le cambió la denominación inicial a partir de 1571, con motivo de otra cíclica riada que resolvió «la intervención» de san Gregorio Taumaturgo. Con el transcurso del tiempo, se consideró que la escasa luz de sus cuatro arcadas –que oscilaban entre los tres y cinco metros– retenía el curso fluvial durante las crecidas, por lo que fue demolido en 1920. El actual puente de Hierro, con su único dintel de 72 metros de luz, supuso un alarde de la ingeniería industrial de la época. Como durante mucho tiempo no existía otra vía de entrada a la población, ha



soportado una gran afluencia de tráfico durante décadas y ha tenido que ser reparado en diversas ocasiones. La más reciente, en 1995, mantuvo la traza original y se limitó a reforzar su añosa estructura.

Sur: cuevas de enterramientos prehistóricos

El acceso sur, que permite alcanzar la ciudad desde la costa, destaca por su interés paisajístico. El viajero –mientras atraviesa los valles de la Vallidigna y de Aguas Vivas, y orilla el de La Casella– podrá apreciar desde su vehículo las siluetas del monasterio cisterciense de Simat, del cenobio agustino de Carcaixent y del santuario de Santa María del Lluç. Cruzará a su vez el núcleo poblacional de La Barraca, compartido entre Alzira y Carcaixent hasta el 2004, año en el que se declaró Entidad Local Menor. Diversas cuevas de enterramiento (La Galera, Els Francesos, Julio, Les Aranyes, Xarta, Les Meravelles y Els Gats) jalonan las laderas montañosas de este itinerario y testimonian la presencia de unos primeros pobladores que, huyendo del llano de inundación, se establecieron en estos parajes. La moderada altura de estos asentamientos permitía controlar el paso hacia los demás valles. En la cueva de Els Gats –denominación

Puente de Hierro. Las innovaciones tecnológicas que aporta la nueva arquitectura de hierro tienen en este puente un excelente ejemplo. Continuas y acertadas intervenciones permiten contemplar en toda su plenitud el diseño original de sus formas.